

La intimidad como exhibición de museo

El museo de la calle Donceles

RIGOBERTO GIL

Pontificia Universidad Javeriana,
Bogotá, 2015, 99 pp.

El museo de la calle Donceles es una novela que combina el relato detectivesco con un relato mucho más íntimo, de tono confesional. Una intimidad cruel se cifra en un incendio, en la relación conflictiva entre una madre y su hijo, y en la obsesión con los objetos que vuelven como emisarios de un pasado que se resiste a desaparecer. La obsesión del protagonista, un profesor de artes, por la superstición, los objetos y la literatura es la evidencia de su necesidad de vivir literariamente o, al menos, de hacer de la lectura de sus circunstancias un ejercicio literario. No sorprende, entonces, que la novela esté escrita en primera persona y se dirija al lector: una sensación de intimidad se construye desde el inicio del relato. El lector tendrá acceso a la vida de Ovalle como si esta fuera un objeto de exposición de los que colecciona en su museo.

Un recorrido por las páginas de la novela podría resultar así: Eduardo Ovalle es un profesor de artes obsesionado con los relatos que los objetos guardan. Escritor de catálogos del museo que mantiene con su madre, él se dedica, “con especial énfasis, a enriquecer el Salón de Máquinas del Tiempo con objetos que solían maravillarla a los visitantes, no tanto por los objetos en sí, como por la historia que les daba brillo en el catálogo” (p. 21). *El museo de la calle Donceles* narra la historia del profesor, del incendio que acaba con el museo y que causa la desaparición de su madre, hechos de los que siempre es el principal sospechoso. Narra también su paso por la cárcel y su relación amorosa con Leopoldo Vallejo, quien le abre las puertas al mundo de la droga. Inicia el relato con la misteriosa llegada a su domicilio del único objeto sobreviviente del incendio: una máquina de escribir. El paquete, que viene acompañado de un texto que simula aquellos escritos por Ovalle, tiene la firma de uno de sus estudiantes. Es ahí cuando se inicia la

reconstrucción de los misterios de la novela: la posible causa de la llegada de la máquina, la naturaleza de su relación con los estudiantes involucrados, el origen del incendio y los motivos de la desaparición de la madre. *El museo de la calle Donceles* es una historia que entreteje, pues, misterios y sospechosos, casi de la misma manera como sucede en las novelas de detectives.

Tres elementos fundamentales construyen la narrativa. En primer lugar, *la relación con los objetos*. Un museo y una máquina de escribir. El museo se instala en el tiempo y en el espacio como un retenedor de la memoria y un potenciador de las historias. Por su parte, la máquina es una obsesión que vincula al profesor tanto con el “bajo mundo”, para poder conseguirla, como con el “alto”, pues pertenecía a un genio literario. Resulta interesante cómo a lo largo de la novela ocurre un giro: el evento turbio de la llegada de la máquina, aunque es el detonante de la reflexión de Ovalle sobre los eventos recientes, deja de ser el objeto central para ubicar la vida del profesor como objeto de observación. Esta es una estrategia narrativa eficaz si lo que se pretende es la construcción de un personaje complejo que busca mecanismos para sobrevivir en una sociedad que lo reprime. Lo que se deja ver aquí, intuyo, es el matiz público de lo privado. Pero la novela parece querer ir más allá, volviendo compleja la relación entre la ficción y sus lectores: la intimidad entre el lector y el protagonista puede producir el dilema entre creerle o no a Ovalle su versión de los hechos, o someterlo a aquello que él mismo teme: el escarnio (p. 95).

En segundo lugar, *la superstición*. Le funciona a la novela como recurso literario. Es una de las vías de construcción del tono detectivesco que a veces se siente en la narración. Construye, además, una atmósfera de tragedia que pareciera perseguir al personaje. Ovalle en ocasiones parece perdido en medio de su propia vida y en otras parece plenamente consciente de sus actos. Quizás esta ambigüedad con la que se presenta él mismo dentro del relato (a veces le creemos, a veces no) responde a la obsesión por leer su vida literariamente.

Y por último, *la literatura*. La ficción es un tejido de voces: la de Ovalle, que

teje y desteje los hilos de su presente y de su pasado, el relato que acompaña la máquina de escribir que recibe, los textos periodísticos que narran la muerte trágica de las víctimas del incendio y la cantidad de referencias literarias que se mencionan. La novela es, en sí misma, un museo literario. Los objetos se convierten en palabras, pero el mismo escritor de catálogos construye una versión de su “vida cuarteada por la pérdida y el despropósito” (p. 14). Dos reacciones frente a la estrategia de la abundante enumeración de autores y textos: o es una manera de evidenciar el carácter obsesivo del personaje y su búsqueda de vivir literariamente, o el exceso de referentes produce el efecto contrario, restándole visibilidad al propio devenir del personaje.

La novela nos deja intuir la complejidad de un personaje que va y viene entre la búsqueda de una vida reservada y la necesidad de exponerse; entre la búsqueda de libertad en los relatos del catálogo del museo y la rigidez de los testimonios que tiene que rendir para comprobar su inocencia (y acá la novela plantea una buena disyuntiva entre la creatividad al generar una narrativa propia y la obligación de dar un testimonio que solo es válido si es veraz, porque el objetivo es la justicia); entre el temor a exponerse en sus clases y el misterio de la invasión a su vida privada por parte de los estudiantes. Dice Ovalle: “(...) en secreto, parcelamos las horas y los días para labrar un nombre, o para ocultarlo cuando nos sabemos intimidados por un orden social reaccionario, donde es conveniente hacerse a una máscara, para ser persona” (p. 23). Pero él no tiene ni el secreto ni la máscara. Su vida, más que el museo, es el objeto de exposición por excelencia. Narra, pero teme. Al menos, eso dice. Quizás el excesivo entramado de referencias literarias, fechas siniestras y tragedias inevitables construye la más cruel de las atmósferas íntimas: un personaje que predice su destino por los libros que lee, que intenta ocultar su vida privada, pero que en medio de la red que teje para protegerse abre las puertas a una exhibición mayor: el dolor, la memoria, los fantasmas y la imposibilidad de reconocer, en las huellas de su propia vida, rastros de una señal que le hubiera servido para no ponerse al descubierto.

Es cierto que la narración resulta coherente: Ovalle nos relata un universo en el que cada personaje, espacio u objeto que se nombra cumple una función específica dentro de la versión supersticiosa que construye sobre sí mismo, no hay cabos sueltos. Sin embargo, así como su vida y el museo están llenos de ruido (la gente que entra y sale, los objetos que contienen sus propias historias, y los conflictos estéticos y personales entre el protagonista y la madre), la novela se siente ruidosa, también, porque la cantidad de datos nos saca cada tanto de lo que considero más interesante en la narración: la intimidad que se construye cuando el personaje confiesa sus afectos más problemáticos en medio de la banalidad del día a día. También es cierto que Ovalle pretende hacer literatura, pero quizás su relato habría sido más literario si nos hubiera permitido, sin interferencias, observar, como en los museos, su relación con la decadencia: el edificio agrietado que habita, el museo en llamas, las relaciones íntimas conflictivas y la soledad. Habría logrado su relato la creación de un lector (a quien apela constantemente) propio: uno alentado por el voyerismo o por el permiso de ver la vida de otros como una exhibición.

Valerie Osorio Restrepo